MEMORIAS
REVISTA DIGITAL DE HISTORIA
Y ARQUEOLOGÍA DESDE EL
CARIBE COLOMBIANO

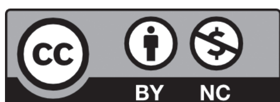
El imperio invisible. Los mosquitos en el Caribe colombiano vistos por los viajeros extranjeros del siglo XIX

The invisible empire. Mosquitoes in the Colombian Caribbean seen by foreign travelers of the 19th century

O império invisível. Mosquitos no Caribe colombiano visto por viajantes estrangeiros do século XIX

Adriano Guerra
Docente tiempo completo, Universidad del Magdalena (Santa Marta, Colombia). Pertenece al grupo de investigación sobre oralidad, narrativa audiovisual y cultura popular en el Caribe colombiano (ORALOTECA). Doctor en Investigaciones Humanísticas, Universidad de Oviedo. Magíster en Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Máster en Historia del Mundo Hispánico: La Independencia en Iberoamérica, Universidad Jaume I de Castellón. Historiador, Universidad del Atlántico.
aguerra@unimagdalena.edu.co
Orcid: https://orcid.org/0000-0002-8583-931X

Recibido: 29 de julio de 2019
Aprobado: 30 de octubre de 2019



Citar como:

Guerra, A. (2020). El imperio invisible. Los mosquitos en el Caribe colombiano vistos por los viajeros extranjeros del siglo XIX. *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano* (mayo-agosto), 103-129.

Resumen

El artículo explora, a través de la óptica de los viajeros extranjeros que visitaron el Caribe colombiano durante el siglo XIX, la forma en la cual estos se enfrentaron a las condiciones del medio ambiente y a las incomodidades propias del viaje, especialmente a la molestia constante de los mosquitos. El objetivo principal es presentar la manera en la que los mosquitos condicionaron los tiempos, los espacios y las materialidades. Convirtiéndose en elementos activos que influyeron en la idea del trópico, clasificando su geografía de acuerdo con su presencia. Los mosquitos se insertaron no solo en la piel de los viajeros, sino en sus relatos y apreciaciones sobre el ambiente.

Palabras clave: Caribe, historia de la naturaleza, insecto, viajeros.

Abstract

The article explores, through the perspective of foreign travelers who visited the Colombian Caribbean during the 19th century, the way in which they faced the environmental conditions and the discomforts of the trip, especially the constant annoyance of the travelers mosquitoes the main. Objective is to present the way mosquitoes conditioned time, spaces and materialities. Becoming active elements that conditioned the idea of the tropics, classifying their geography according to their presence. The mosquitoes were inserted not only in the skin of the travelers, but in their stories and appreciations about the environment.

Keywords: Caribbean, history of nature, insect, travelers.

Resumo

O artigo explora através da ótica dos viajantes estrangeiros que visitaram o Caribe colombiano durante o século XIX, a maneira pela qual eles enfrentam as condições ambientais e os inconvenientes da viagem, especialmente o incômodo constante de mosquitos. O objetivo principal é apresentar o modo como os mosquitos governaram o tempo, os espaços e as materialidades. Tornando-se elementos ativos que condicionaram a ideia dos trópicos, classificando sua geografia de acordo com sua presença. Os mosquitos foram inseridos não apenas na pele dos viajantes, mas em suas histórias e apreciações sobre o meio ambiente.

Palavras chave: Caribe, história da natureza, inseto, viajantes.

Introducción

Una eterna lucha ha librado la humanidad contra los insectos, estos agentes no humanos moldean sin saber nuestra vida, las materialidades, los tiempos y los espacios. Acondicionarse en un espacio geográfico y resistir las inclemencias del clima y los agentes "pasivos" que surgen de dichas condiciones, ha sido uno de los grandes retos de las personas. Aún peor es la experiencia para los recién llegados, para aquellos cuyo sistema biológico todavía no ha desarrollado propiedades resistentes para el clima, enfermedades e insectos, sobre todo, en los lugares del trópico. Este artículo se encargará precisamente de estudiar los relatos que los viajeros extranjeros del siglo XIX consignaron en su paso por el caluroso Caribe colombiano, referentes al impacto que los mosquitos produjeron en sus efímeras estadías. La pregunta central de esta investigación es indagar por las formas en las que los mosquitos condicionaron la vida de los viajeros en su tránsito por el Caribe colombiano durante la centuria decimonónica. En el caso del trópico, el más temible adversario de los viajeros fueron sin duda los mosquitos. Ellos marcaron en determinados tiempos los ritmos de vida y estuvieron presentes como enemigos, aliados, o inconscientemente, como armas de guerra.

Este artículo, además, representa también una reflexión sobre las temáticas y posibilidades que ofrece la historia cultural y ambiental. Es una apuesta por experimentar otros horizontes de la historia, donde lo político y lo económico siguen estando presente como estructuras, pero además toma relevancia lo social, lo cultural, lo cotidiano, lo ambiental, aquello que en la historiografía tradicional y romántica nunca ha sido digno de explorar. Aquí toman posesión otros conceptos como los imaginarios y las prácticas. En este sentido, la presente investigación busca explorar la forma por medio de la cual algunos viajeros que visitaron el país durante el siglo XIX describieron a los mosquitos o zancudos durante sus largos viajes por el río Magdalena y durante sus interminables encuentros. Los mosquitos pusieron en jaque a los extranjeros que se internaron en el trópico, dibujaron su geografía, se asociaron a la noche, al agua y a la espesa vegetación. Condicionaron su vida material, los enroncharon hasta casi reventar, a la vez que estos intentaron defenderse con cualquier método y buscaron remedios que aliviaran su obstinante existencia. Además, los mosquitos manejaron el tiempo y las estancias de los viajeros, su dispersión y la contemplación del paisaje. Su vocabulario se llenó de su verbo, y el espacio y tiempo fue imperio de estos diminutos reyes casi invisibles en las páginas de la historia oficial.

La fuente principal de información utilizada en esta investigación es, precisamente, los relatos de viaje de los extranjeros que arribaron al país durante gran parte del siglo XIX. Tomamos una docena de obras, que son solo un puñado dentro del universo bibliográfico de los viajeros, las cuales contienen relatos de ingleses, franceses, alemanes, entre otros. Así mismo, es muy difícil maniobrar por esta información y fijarse específicamente en los mosquitos, pues la diversidad de temas abunda escondida en las anécdotas de los viajeros. Cruzar estos campos temáticos no es gratuito, pues hay que aprender, ya no de nombres de presidentes de turno, sino de padecimientos, luchas y materialidades básicas. Internarse en las formas banales que componen el mundo real y no en las complejidades de la política y la economía. En efecto, los mosquitos no aparecen en los bandos políticos, ni en los grabados, ni en las acuarelas, ni en las pinturas del siglo XIX, su accionar es silencioso y contundente.

Es importante aclarar que el presente artículo se enmarca en la línea de historia ambiental que McNeill ha llamado de enfoque cultural intelectual, en el sentido que explora los imaginarios y las representaciones sobre la "fauna de vectores" que se insertan en el paisaje (McNeill J. R., 2005). Tampoco es una historia de las enfermedades a través de la picadura de los mosquitos de la cual se han encargado otros autores (Quevedo, Borda, & Eslava, 2004). Es una aproximación a la historia ambiental desde lo cultural. El interés por la historia ambiental proviene desde el siglo XVIII cuando muchos intelectuales comenzaron a preocuparse por el impacto del imperialismo en las zonas de colonización tropicales. En todo caso, el trópico también fue una lenta construcción de modelación sobre una idea de exótico y exuberante (Uribe Martínez, 2015). A los naturistas, se le sumaron luego los geógrafos históricos y a estos, los geólogos y arqueólogos. Finalmente, después de los años setenta del siglo XX, antropólogos, historiadores y, por supuesto, ecologistas, tomaron las vetas de información y comenzaron a construir la llamada historia ambiental o medioambiental (Grove, 2012). Pero fueron sobre todo las crisis medioambientales del siglo XX las que lograron volcar la mirada con preocupación a la naturaleza. Richard Grove nos explica que a nivel mundial la obra de Clarence Glacken, sobre las transformaciones naturales en el oeste de los Estados Unidos y la creación de la idea del paisaje cultural, marcaron un impulso que fue seguido por otros investigadores. Esta obra publicada en 1967 surgió también en un momento político y cultural, la Guerra de Vietnam y el nacimiento de los movimientos verdes y de los hippies, lo cual creó un campo fértil para que aumentara la preocupación por los efectos que el hombre causa sobre el planeta. Recordemos también los daños causados en las dos guerras mundiales y el

Memorias Revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

estallido de las bombas atómicas. Todo lo anterior desembocó en que, hoy en día, el término *Environmental history* ocupe la atención de grandes centros de investigación y se produzcan muchas revistas que tienen este objeto de estudio como tema central. Pero la historia ambiental es sobre todo un punto de encuentro entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, y ello también ha dado como resultado el surgimiento de un sinnúmero de áreas como la ecología política, la antropología y sociología ambiental, la economía ecológica, los estudios culturales ecocríticos y, claro está, la geografía histórica (Blanco Barros, 2010). Dicho de otro modo, ha logrado insertar visiones culturales a las ciencias naturales e interesar más a las ciencias sociales por la naturaleza (Gallini, 2012). Uno de los temas que cruza los estudios de la historia ambiental ha sido su dedicación a la investigación de la producción. Producción de café, bananos, carne (Flórez-Malagón, Baptiste, & Gallini, 2008), y en muy pocos casos estas investigaciones terminan presentando el consumo, pero aún menos, se dedican al impacto que esta producción y consumo hacen sobre el paisaje natural y sobre las actitudes e imaginarios de consumo (Soluri, 2005).

En el XV Congreso de colombianistas, realizado en Bogotá en el año 2006, una particular ponencia llamó la atención. En ella se sugería que Gabriel García Márquez fue el pionero de la historia ambiental en el país, al consignar en su novela *El amor en los tiempos del cólera*, un primer campanazo de alerta sobre las consecuencias de la deforestación en la cuenca del río Magdalena y la inminente destrucción de sus riberas (Tittler, 2006). Las calderas de los barcos a vapor, acompañadas por los cazadores fortuitos y los señores de la tierra sembrando el pasto *pará* en su deseo de la ampliación de su frontera agrícola y ganadera, se habían llevado consigo la exuberancia de los manatíes, los caimanes con sus fauces abiertas y las nubes de mariposas amarillas de las orillas del río. Pero también habían desaparecido los loros y los micos con su gritería y los profundos sonidos de la selva. El capitán del buque Nueva Fidelidad que transportaba a Florentino Ariza y a Fermina Daza sentenció cómo algún día el río madre de la patria se secaría para en su lugar construir una gran autopista y recorrerlo en automóvil. La novela, publicada en 1985, comenzó a crear una preocupación entre los intelectuales por la alteración del paisaje natural y señaló las fuentes para historiar estos escenarios: viajeros, informes estatales y crónicas de prensa. No obstante, mucho antes, autores como Le Roy Gordon se habían preocupado por la geografía humana y la ecología del río Sinú, analizando los montes, selvas y sabanas y el uso de los recursos naturales para la subsistencia y la vida material de las comunidades que poblaban sus riberas (Le Roy Gordon, 1983). De igual forma, el maestro Orlando Fals Borda en

varios de sus tomos de *Historia doble de la costa*, se preocupó por el tema ecológico y el medio ambiente en el cual estaban insertados sus actores sociales. Las personificaciones y vinculaciones del hombre anfibio, caimán e hicotea, ayudaron a crear conciencia sobre las relaciones fundamentales entre los hombres y su medio natural (Fals Borda, 1979). Recientemente José Vicente Mogollón, es uno de los pocos que ha incursionado en la historia ambiental en el Caribe colombiano, en su libro: *El Canal del Dique: Historia de un desastre ambiental* (Mogollón, 2013), donde presenta cómo la alteración forzada del hombre sobre un conjunto de lagunas, que en tiempos inmemoriales fue parte de la desembocadura del río Magdalena, ha conllevado a la rebeldía de sus aguas y a las inundaciones en terrenos que, a su vez, forman parte de un valle pantanoso que era zona de amortiguamiento del mismo río.

En el caso específico que nos interesa, realmente no es abundante la bibliografía existente sobre el rol de los mosquitos y su impacto en la historia. Una de estas investigaciones fue la escrita por Timothy Mitchell titulada: "¿Puede hablar el mosquito?" (Mitchell, 2013). Allí, su autor logra, a través de un discurso bien sostenido, mostrar la importancia de los mosquitos durante la Segunda Guerra Mundial en el norte de Egipto, y con pruebas fehacientes, presenta cómo los ejércitos europeos fueron doblegados por estos densos y diminutos batallones. Mitchell demuestra que, si bien la epidemia desatada a mediados de 1942 coincidió con la presencia del Afrika Korps y las batallas contra los aliados, todo fue coyuntural. Una invasión de mosquitos desde otros territorios que arrasaron no solo con los soldados, sino con las poblaciones que diezmaron a su paso. Lo anterior, en el marco de una crisis económica y alimenticia por la fluctuación de la economía en tiempos de guerra. El artículo deja como principal enseñanza que, debido a la alteración de los cauces y ecosistemas, estos terminan modificándose y produciendo explosiones de mosquitos como la originada en 1942.

Otro texto importante que ha aportado dinámica a las explicaciones sociales y políticas, pero incluyendo la perspectiva ambiental, es el de John Robert McNeill: *Mosquito Empires. Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914* (McNeill J. , 2010), aquí el autor demuestra que si bien los ejércitos al mando de Lovertour y Dessalines fueron definitivos en la revolución de Saint Domingue y la posterior creación de Haití, también hay que tener en cuenta que las condiciones ambientales y las nubes de mosquitos del trópico caribeño diezmaron a los ejércitos invasores franceses, lo mismo que con los enfrentamientos en Nueva Granada y Cuba. También es fundamental el texto de Timothy C. Winegard, titulado *The Mosquito: A Human*

Memorias Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe colombiano
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

History of Our Deadliest Predator, cuya visión general nos acerca a los procesos globales y entrega como hilo conductor los efectos que los mosquitos han causado en diferentes momentos de la historia: impedido sociedades y catapultados gremios, condicionando de alguna manera el orden mundial moderno (Winegard, 2019).

Dividimos nuestra investigación en tres partes: la primera explora los diversos componentes en los cuales quedaron retratados los mosquitos en los relatos de los viajeros como la geografía y el paisaje. Posteriormente, se analiza su presencia en la vida cotidiana, material y en el tiempo. Finalmente, la resolución de combatirlos para salvar la existencia. Para culminar presentamos algunas consideraciones finales. Valga aclarar que la estructura del texto no corresponde a un orden cronológico ni organizado por autores. Los apartados obedecen a ejes temáticos que fueron extraídos de acuerdo con las lecturas y reflexiones que se realizaron. De alguna manera, nos interesan más los mosquitos que los viajeros, por lo cual el lector no encontrará grandes explicaciones sobre los autores de los relatos.

Geografía, paisaje y épocas de mosquitos

Si bien la existencia de los mosquitos para los viajeros del siglo XIX estuvo más presente en el contacto con su piel o ante el zumbido de las revoluciones de sus alas, el paisaje natural tendrá la presencia inequívoca de los insectos. Carl August Gosselman, quien cruzó gran parte del territorio de la hoy Colombia en la década de 1820, relató la presencia de los mosquitos sobre todo al llegar a una población rivereña, no sin antes preparar el espacio de su aparición: "Allá abajo, en la plaza, se alza un pasillo que se estrecha a medida que aumenta la compacta masa de gente, a cuyo final se llegaba prácticamente ahogado" (Gosselman, 1981, pág. 33). Luego, al internarse en esa masa humana encontró: "las negras vendedoras de la plaza, que ubican sus puestos cubiertos por una vieja vela de bote, una alfombra o un paraguas roto, bajo los cuales, y como preocupación fundamental debe espantar las legiones de mosquitos que en toda la amplitud de la palabra, cubren las frutas, dulces, puros y quesos que expenden" (Gosselman, 1981, págs. 33-34). Era claro que estas "legiones" de mosquitos esperaban el atardecer y la noche para atacar, como lo veremos más adelante, o por lo menos encontrar el movimiento y la sudoración que terminara con su espera para comenzar a actuar. Espacio y tiempo estarán bajo su control. El misionero dominico Henri Candelier, quien realizó su travesía entre 1890-1893, se aventuró en los territorios de los indios guajiros y en un pasaje de cuyo relato consignó: "Un poco más lejos una laguna grande apareció, tenía poca agua, y para no tener que dar un largo rodeo, decidimos atrave-

sarla. Pero apenas nuestras mulas pisaron esa ciénaga, una nube de mosquitos imperceptibles me entraron en los ojos, nariz y orejas" (Candelier, 1994, págs. 115-116). El agua como elemento directamente relacionado con los mosquitos y la creencia de su invisibilidad eran atributos constantes en la idea de los viajeros, cuya respuesta era inmediata al romper el equilibrio de la quietud de su entorno.

Como vemos, para muchos de los viajeros los mosquitos serán un actor o un factor que no era tenido en cuenta hasta que hacían su impetuosa aparición colmando todo el ambiente con su presencia, su amenaza y su peculiar sonido. Pero el mosquito también es un elemento simbólico para delimitar el clima caliente y, por ende, para reafirmar la idea de salvajismo del trópico. Por su parte, el mismo Eliseo Reclus, en el viaje que realizó a la Sierra Nevada de Santa Marta a mediados del siglo XIX, expresó: "Al menos esperábamos pasar agradablemente la noche y reposar de las fatigas del día en el rancho de Punta-Caricari, situado en un promontorio á la extremidad de una extensa sabana rodeada de lagunas; pero no habíamos contado con los mosquitos y los pitos, especie de escarabajo que se pasea sobre los que duermen y los muerde hasta hacerles saltar la sangre" (Reclus, 1869, pág. 240). Una de las opciones para sobrevivir que encontró Reclus fue salir de ese espacio para buscar alivio al aire libre, por lo tanto: "La noche entera se pasó en tentativas de sueños frustrados y en paseos por la orilla del mar, emprendidos con la vana esperanza de encontrar un pequeño ancón que no estuviera infestado de cínifes" (Reclus, 1869, pág. 240). La noche y el calor serán los perfectos aliados para completar un paisaje lleno de insectos que atormentan al viajero. Quienes creen en vano que existen pequeños espacios ausentes de la presencia de los mosquitos. Sin olvidar que la existencia de cuerpos de agua, sobre todo "estancadas", estará más fuertemente asociada a los insectos. Así, lagunas, lagos, ciénagas y caños serán lugares imprescindiblemente asociados a su presencia.

En las cartografías históricas del Nuevo Mundo, las nubes de mosquitos no son dibujadas, a diferencia de las convenciones de los caníbales y los monstruos marinos (Castro Hernández, 2012). No obstante, los viajeros sí dibujaron con sus relatos una geografía donde el mosquito va tomando posesión de su imperio, en estos mapas literarios quedaron las impresiones sobre su presencia en la geografía y en su piel. Isaac Holton escribió a mediados del siglo XIX en su obra que narra sus veinte meses en los Andes: "En el Magdalena Medio también es donde más zancudos hay, pero desaparecen completamente antes de Nare" (Holton, 1857, pág. 72). En efecto, la mayoría de los viajeros realizó comparaciones sobre la bondad climatológica tomando como referencia la presencia o no de los mosquitos, así mismo,

el clima se ha convertido en un asunto importante en las investigaciones de las últimas décadas que han logrado demostrar que de ninguna manera es un asunto estático en la historia del hombre (Pabón Caicedo, 2006), (Le Roy, 2017), (Brasero, 2017). Por su parte, Gosselman, al internarse en diversos cuerpos de agua, expresó que: "El camino doblaba y seguía la playa, enmarcando una especie de lago aprovechando uno de los brazos del mar que hasta allá penetraba, donde los mosquitos saludaban, dando una bienvenida parecida a la de un comité de recepción" (Gosselman, 1981, pág. 77). Ingresar bajo los dominios de los mosquitos se convertía así para los viajeros en una forma de reverencial respeto. Está claro que las intenciones de los relatos en la mayoría de los casos era conocer el estado de la política y la economía, y en contadas ocasiones los viajeros, a no ser que fuesen naturalistas, consignaron sus impresiones sobre la flora y la fauna que iban encontrando a medida que avanzaban en sus viajes. Muchos de los lugares serán definidos, o calificada su calidad de vida, de acuerdo con la presencia o ausencia de los mosquitos. Gosselman además apuntó sobre el particular: "Casi con el crepúsculo pasamos el sitio del Demonio, que lleva este nombre con mucha razón, máxime si a tal hora enviaba sus atormentadores mosquitos" (Gosselman, 1981, pág. 105). Y el militar John Potter Hamilton, quien estuvo entre 1824 y 1825, dijo también con respecto al mismo lugar: "Dormimos esa noche en el Sitio del Demonio, a causa de la nube constante de diablillos que en forma de mosquitos invade este lugar" (Hamilton, 1955, pág. 49). Las referencias sobre lugares y su cantidad de mosquitos serán directamente proporcionales al disfrute de su estancia. Así mismo, los habitantes de las selvas y bosques, humanos o animales son: malignos, "pequeños diablos", como fueron descritos por estos viajeros (Pérez Morales, 2012, pág. 41).

La penetración de la naturaleza dentro de las poblaciones fue considerada regularmente como un símbolo de salvajismo (Herrera Ángel, 2014, pág. 285). No obstante, normalmente los viajeros se refirieron más a la presencia de los mosquitos fuera de las ciudades y en espacios rurales. La idea de un proceso de civilización a través de la domesticación de la naturaleza, la desaparición de los mosquitos, plagas y enfermedades en los entornos urbanos fue un símbolo de modernidad (Beinart & Hughes, 2007, pág. 167), (Palacio Castañeda, 2006, pág. 59). Por ende, los mosquitos, más allá de una realidad, se convirtieron en una idea cultural y natural. Por ejemplo, es claro que la época del año repercutirá en la cantidad de mosquitos presentes y en la temperatura y humedad, lo cual se vio consignado en las líneas de los viajeros. En este sentido, el mismo Gosselman nuevamente afirmó a su paso por Barranquilla: "El descanso fue largo, lo que se acrecentó con el pla-

Memorias Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe colombiano
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

cer de que Barranquilla es uno de los pocos lugares a orillas del Magdalena que no sufren las consecuencias y molestias de los mosquitos y el exagerado calor (ambos en calidad de tormentos nacionales); por el contrario, tanto éste como aquellos se encontraban dispersados por la brisa del mar que todo lo temperaba" (Gosselman, 1981, pág. 68). Contraria fue la percepción de Henri Candelier, según el cual, y refiriéndose a los mosquitos en un lugar cercano dijo: "¡Fue peor que en Barranquilla! una nube me envolvió de pronto, hizo tal alboroto que me sobre excitó de tal manera que me volví positivamente rabioso. Tuve que envolver mi cabeza en un pañuelo y las manos en una servilleta para tener algo de reposo" (Candelier, 1994, pág. 25). Aunque se supone que Candelier encontró mosquitos en Barranquilla, su idea y percepción aumentó al internarse en sectores más rulares. Pero escapar de los mosquitos no será tarea fácil y la vida material de los habitantes de aquel tiempo estuvo condicionada e inclinada a buscar el reposo y el refugio de los mosquitos durante la noche.

Los dominadores europeos serán dominados por sus enemigos invisibles. Así mismo, el colonialismo y la explotación del ambiente encontrarán un gran obstáculo para la realización de empresas extractivas de los recursos minerales (Arnold, 2001). Por ello, Gaspard-Théodore Mollien, quien atravesó el Caribe colombiano hacia 1823, explicó de mejor manera, y a su modo de ver, las fluctuaciones de la temperatura a efectos de la brisa y la lluvia, y los peligros infinitos del río:

> En el Magdalena se advierten tres temperaturas perfectamente diferenciables: las brisas del mar soplan desde su desembocadura hasta Mompós; desde esta ciudad hasta Morales ningún viento viene a templar los ardores de la atmósfera, y el hombre sucumbiría bajo el calor a no ser por los rocíos abundantes que caen durante las noches; desde Morales hasta las fuentes del Magdalena, el viento que sopla del Sur calma el calor del día y constituye la tercera temperatura la de las brisas de tierra, que hacen que la navegación por el Magdalena no suela ser mortal para los europeos. (Mollien, 1944, pág. 50)

Así, tanto mar como cordilleras moldeaban el clima en una u otra zona, quedando el vasto Magdalena medio como el lugar menos benéfico. A pesar de poder sobrevivir a los ardores del trópico, Mollien dibujó su geografía de insectos: "a lo largo de ese río una multitud de insectos le tienen declarada una guerra implacable; en el borde del mar son los mosquitos; más allá los jejenes le llenan de picaduras molestísimas por el escozor que producen; si llega a una zona un poco más fresca, entonces son los tábanos, moscas gordísimas, los que beben su sangre" (Mollien, 1944, pág. 50). Su relato se completó con los peligros dentro y en las orillas del río

MEMORIAS REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DESDE EL CARIBE COLOMBIANO
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

por la presencia de caimanes, además señaló que sus riberas estaban atestadas de serpientes venenosas, motivo por el cual sentenció: "No hay nada más espantoso que un viaje por el Magdalena" (Mollien, 1944, pág. 50). El clima, con sus cambios de temperatura y estaciones, modificaba el ambiente cuya lectura más profunda iba más allá de frío o calor, lluvia o seco, brisa o quietud, todo lo anterior comenzó a tener el apéndice ineludible de los mosquitos.

Cada centímetro que recorren será un peligro para los viajeros. Muchos se resistieron a abordar el champán al saber que durante meses estarían internados en el pequeño espacio de su cubierta. De igual forma, John Hamilton, en tono de resignación, resumió: "Creo que la navegación para remontar el río, estando encerrado todo el día en un champán con los bogas, el intenso calor del clima, las nubes de mosquitos de diferentes clases y tamaños, de las cuales hay cinco, y el dormir en las orillas calientes de los ríos, es una peregrinación mala e incómoda que tiene que sufrir el ser humano" (Hamilton, 1955, pág. 56). En el imaginario del siglo XIX, los "indios bravos" habían desaparecido, ahora el clima cargado de mosquitos son las fronteras imaginarias de la expedición, posesión y domesticación del territorio. Los mosquitos marcaron los espacios, aptos o no, para la colonización y explotación. Así mismo, Mollien consideró sobre la dupla clima y mosquito refiriéndose a la población de Barranca que: "Si el calor es muy fuerte durante el día, la brisa que de tiempo en tiempo sopla refresca la atmósfera, y no para en esto su efecto saludable, sino que también se lleva con ella, hacia la parte alta del río las numerosas nubes de mosquitos: en Barranca no hay mosquitos" (Mollien, 1944, pág. 24). Nuevamente aparece la idea sobre la ausencia específica de mosquitos dentro de los poblados. Solo los montes y selvas serán su escenario. Por ello afirma acertadamente Edgardo Pérez Morales que: "Bien se trate de un océano, un río, una selva o un bosque, los espacios geográficos son siempre interpretados, valorados y considerados como tales por medio de razones e ideas culturales" (Pérez Morales, 2006, pág. 62). El espacio rural no solo significó miedo, sino que hizo pensar a los viajeros con más insistencia en los mosquitos.

Este dibujo imaginario de la geografía de los mosquitos se completó con diferentes visiones sobre las poblaciones, pero lo cierto es que a medida que los viajeros comenzaban a ascender las cornisas de las sierras o las cordilleras, los mosquitos desaparecían. Sus expresiones fueron entonces una total muestra de tranquilidad por la salvación del ataque incesante de estos insectos. Escapar de ellos bajo los mosquiteros o en las altas cumbres fue todo un objetivo. En este sentido, Eliseo Reclus escribió a media que ascendía la Sierra Nevada de Santa Marta que: "De

todos estos valles, calientes, templados ó fríos, el que más me satisfizo fue el de San Antonio: en ningún otro me pareció el clima más bello ni la tierra más fértil; los mosquitos son escasos allí, los grandes zancudos casi desconocidos" (Reclus, 1869, pág. 280). Más allá de la frescura del clima fue la ausencia de mosquitos lo que llenó de alegría al explorador. Gosselman, por su parte, un tanto victorioso subrayó: "Al presentir que cambiaría los calientes bancos de arena llenos de mosquitos por las montañas y su aire puro, no pude menos de alegrarme alborozado" (Gosselman, 1981, pág. 169). Luego, en otro aparte coronó su idea de júbilo: "Me dispuse a colgar la hamaca en el marco de una especie de portón que se levantaba al lado de la casa y al empezar a tratar de colocar mi mosquitero, escuché que a mis espaldas alguien se sonreía. Era el bodeguero, que me preguntó lo que estaba haciendo, y al escuchar mi respuesta me dijo: «No se preocupe, aquí no hay mosquitos»" (Gosselman, 1981, pág. 173). La impresión de saber ese detalle es comprensible en el periplo de los viajeros después de surcar el río Magdalena y haber vivido en "carne propia las consecuencias del viaje". En algunos lugares, los mosquitos se convertían en estorbo invisible del paisaje (Pérez Morales, 2011, pág. 97). El mismo viajero recalcó: "Jamás el idioma sonó tan dulcemente en mis oídos, y por eso, haciéndome el bobo, pedí al joven que pronunciara nuevamente: «No hay mosquitos»" (Gosselman, 1981, pág. 174). En el bosque europeo habitaban seres fantásticos y en otro tiempo pueblos bárbaros peligrosos (Le Goff, 1999, págs. 112-113). En cambio, ahora la selva americana estaba cargada de otros seres que construyen el ambiente, ellos le dan existencia a la ausencia de tribus bárbaras y de fieras peligrosas.

No obstante, hubo lugares condenados a la acción de los mosquitos. Eliseo Reclus destacó, en su travesía por la Sierra Nevada, el rancho El Volador: "ha sido construido por los indios aruacos para dar abrigo á los desgraciados viajeros á quienes la fatiga, la tempestad ó la creciente de los ríos no les permite continuar su camino; desgraciados, he dicho, porque es casi imposible permanecer en el Volador, gracias á los innumerables insectos y otros animales que los neo-granadinos designan con el nombre general de plaga" (Reclus, 1869, pág. 250). Aunque todo el sector de El Volador era muy rico en la explotación del oro, debió ser abandonado debido a que: "los mosquitos de todas clases que en alegres torbellinos danzan incesantemente en la sombra, cubren por centenas la menor superficie de la piel que se deje á descubierto, y para desembarazarse de ellos, es necesario entregarse sin descanso á una gimnasia desesperada y correr de aquí para allá como un loco" (Reclus, 1869, pág. 250). Como vemos, si bien en algunos lugares los mosquitos tomaban descanso, en otros trabajan en jornada continua y son relevados sola-

mente por sus aliados que continúan la labor. Garrapatas, murciélagos, moscas, ciempiés, escorpiones, arañas, entre otros, se unen al gremio de ese mundo diminuto inexistente en las gruesas líneas de la historia, pero presentes sin duda en la cotidianidad. Reclus sentenciará la presencia humana en dicho lugar, al expresar: "El riachuelo que corre al lado de la cabaña del Volador arrastra en sus arenas gran cantidad de partículas de oro; pero todas las tentativas que se han hecho para recogerlas se han frustrado; ha sido necesario huir ante los mosquitos" (Reclus, 1869, págs. 253-254). Entonces, los otrora descubridores y exploradores huyeron sin más de los emperadores invisibles, una u otra especie dominaba el lugar: "mosquitos u hombres" (Winegard, 2019, pág. 437).

Tiempo, cotidianidad y materialidad al vaivén de los mosquitos

En los fragmentos anteriores han comenzado a parecer varios artefactos para dormir y defenderse de los mosquitos. Hamacas y mosquiteros hacen las veces de armaduras, espadas y cañones contra el enemigo invisible. Por consiguiente, los mosquitos transformarán los espacios íntimos, condicionarán el tiempo y, en algunos casos, dictarán las formas de sociabilidad de todo aquel que se atreva a penetrar en sus dominios y de todo aquel que tenga el atrevimiento de cruzarlos en su máxima cosecha. Fue así como el diplomático Miguel Cané, con toda la seriedad del caso, explicó respecto al inicio de su viaje por el río Magdalena que: "Desde luego, es necesario proveerse de ropas impalpables; á más de una buena cantidad de vino y algunos comestibles, porque en las desiertas orillas del río no hay recursos de ningún género, y por fin, que es lo principal, de un petate y un mosquitero" (Cané, 1907, pág. 45). Los elementos, mercancías y provisiones del viaje son importantes para cruzar ese "desierto verde", pero es sobre todo fundamental, según Cané, la estera y el mosquitero. Así nos explicó su uso: "Petate significa estera, y el doble objeto de ese mueble es en primer lugar, colocarlo sobre la lona del catre, por sus condiciones de frescura, y en seguida, sujetar bajo él los cuatro lados del mosquitero, para evitar la irrupción de zancudos y jejenes" (Cané, 1907, pág. 45). Tanto, que Gosselman consideró también el mosquitero como el artículo más importante durante un viaje por el río Magdalena, y fue más allá al expresar con un ojo muy agudo que los mosquitos hacían parte ya de la vida cotidiana de los habitantes de las riberas del Magdalena (Gosselman, 1981, pág. 101). Cuando Isaac Holton olvidó su estera para el viaje, debió reconocer que: "para los bogas era incomprensible que yo no hubiera traído la mía" (Holton, 1857, pág. 40). Ahora bien, los mosquitos marcarán las pautas de los tiempos y su presencia o

ausencia repercutirá en los ritmos de los espacios de dispersión, así lo consideró Gosselman: “Cuando los mosquitos se presentaron invitados en grandes cantidades, en otros lugares, siempre se acababan dichas tertulias; pero esa noche tales invitados no aparecieron casi, por lo que fue una de las más agradables que jamás haya vivido a orillas del Magdalena” (Gosselman, 1981, págs. 146-147), quien dejó entrever además que las conversaciones al aire libre se manejaban temporalmente de acuerdo a la plausibilidad de la noche y la presencia o ausencia de los molestos y diminutos acompañantes. En Mompox, la rutina del anochecer la marcaban los mosquitos, así lo explicó Mollien a su paso por esta población: “El calor es abrasador (25 a 30º); por eso se pasan los vecinos las noches sentados a las puertas de sus casas para tomar el fresco y verse menos incomodados por las picaduras de los mosquitos” (Mollien, 1944, pág. 31). Aquí, serán las viviendas el refugio de los insectos, y las terrazas o calles los espacios para librarse de ellos. Pero estos ritmos de vida y dispersión en ciertos espacios podían no siempre terminar con la incómoda presencia. Hamilton, por su parte, en una ocasión no tuvo más remedio que alterar su hora de descanso, así lo escribió: “Como habíamos colocado nuestros mosquiteros antes de la puesta del sol, lanzamos un desafío a estos insaciables chupadores de sangre, que podían oírse afuera zumbando, volando en todas direcciones y tratando por todos los medios de encontrar un agujero en las cortinas” (Hamilton, 1955, pág. 47). Más allá del día o la noche, los horarios terminaron siendo dictados por lo relojes que zumbaban.

Las incontables horas fueron dictadas por los mosquitos, la apreciación del paisaje externo y la fresca humedad de la noche fue un privilegio cuyo precio se pagó por millares de revoloteos en el aire. Alfred Hettner, en su viaje por los Andes colombianos en la década de 1880, nos contó lo siguiente, haciendo una comparación entre el viaje del mar y por el río a través de un vapor: “En alta mar las horas del crepúsculo habían sido las más acogedoras de todo el día”. No obstante, en su tránsito por el río destacó: “Aquí los zancudos, mosquitos y jejenes estorban a su goce, apareciendo pronto a la puesta del sol y cubriendo cara y manos del viajero con sus picaduras” (Hettner, 1888, pág. 25). Ahora bien, los viajeros podían enfrentarse a varias disyuntivas, entre morir sofocados o picados; Hettner, precisó:

> Pero el aire acariciaba tan suavemente, y sobre el fondo oscuro del firmamento las estrellas brillaban con tanta intensidad, en el extremo norte las osas y, por el otro lado, todos los astros del hemisferio meridional; al rededor centelleaban continuamente los relámpagos, así que preferí lo mismo que mis compañeros de viaje, seguir exponiéndome a las molestias de los insectos en vez de refugiarme en el camarote con su calor sofocante. (Hettner, 1888, pág. 25)

Los barcos a vapor y champanes se mueven tortuosamente por el río Magdalena, en ellos también los ritmos y las temporadas del año van a influir en sus desplazamientos, siendo en el verano el periodo más complicado, cuando bancos de arena y encallamientos amenazaban con dejarlos varados en medio de la nada a merced de los mosquitos (Márquez Calle, 2016), (Guerra, 2011). El viajero Augusto Le Moyne relacionó más fuertemente a los mosquitos con los olores nauseabundos producidos por las: "plantas acuáticas, de las cuales a medida que nuestra embarcación se iba abriendo paso, se exhalaba un olor fétido y se levantaban nubes de mosquitos" (Le Moyne, 1945, pág. 49), (Corbin, 1987). Aunque reconoció que los mosquitos solo habían reaccionado a la perturbación que los humanos proveyeron de su ambiente.

Día, noche, amanecer, ocaso, crepúsculo, las estancias del tiempo serán marcadas por la aparición y desaparición de los mosquitos. Así prosiguió Gosselman: "Al atardecer se levantaba una suave brisa que permitía a seres humanos y animales no languidecer totalmente. Junto con el ocaso solar verdaderas nubes de mosquitos nos atacaban, hasta que el sol nos libraba de ellos" (Gosselman, 1981, pág. 100), como si el sol los librara de esa horrible noche. Pero otras condiciones climáticas también ayudaron a los viajeros, las lluvias y las brisas podían darle la tranquilidad buscada. Gosselman agradeció a la lluvia: "Tal tempestad duró ininterrumpidamente toda la noche y tuvo como efecto positivo que calmara el sofocante calor y huyeran los mosquitos, dando un toque refrescante a la naturaleza y el paisaje" (Gosselman, 1981, pág. 120). Por su parte, así lo relató Hamilton, quien además definió el cronograma de sus horas con el vaivén rutinario de los mosquitos:

> Comíamos a las seis en nuestros camarotes o por la cubierta del buque grande y bebíamos a la salud de nuestros buenos amigos de Inglaterra con una botella de clarete San Julián y echamos anclas a las siete, en un lugar llamado Menciado, clavando las pértigas en el lodo y amarrando los botes en ellas. Por la noche hubo buenas brisas que sirvieron para mantener alejados a los mosquitos y dormimos profundamente sobre cubierta, después de haber pasado dos noches en la costa tan incómodos. (Hamilton, 1955, pág. 36)

Como vemos, las horas puntuales, las buenas y las malas noches, no eran producto exclusivo del humor ni del vino, sino también del gusto de los mosquitos. Charles Stuart Cochrane, inglés capitán de navío, fue más resumido en su ritual: "echamos anclas, cominos y dormimos, hasta donde los mosquitos nos lo permitieron, puesto que se introducían por debajo de nuestros toldos" (Cochrane, 1994,

pág. 55). Reclus también marcó sus horas de sangre en su periplo por El Volador: "Hacia la noche, cuando los millares de mosquitos están repletos de sangre humana, sus enjambres desaparecen por grados, para ser reemplazados en seguida por nubes de zancudos, enormes cínifes de dardo de cerca de un centímetro de largo, que á su turno vienen á tomar parte en la tarea" (Reclus, 1869, págs. 250-251). Luego, prosiguió el viajero francés:

> Por la mañana los zancudos desaparecen á su turno, pero otra legión de mosquitos está pronta como un relevo para sucederles y apenas ha podido uno respirar un instante cuando ya está envuelto en un nuevo torbellino de enemigos. Hay también cínifes que jamás descansan, entre otros el jején insecto imperceptible que apenas se siente bajo el dedo que lo aplasta; y una especie de mosquito cuyo dardo funciona como una ventosa y deja una pequeña mancha de sangre coagulada, que se conserva por algunas semanas. (Reclus, 1869, pág. 251).

El itinerario de Gosselman, por ejemplo, fue dictado casi por los mosquitos al relatar en varios pasajes de su obra lo siguiente: "Ya casi es innecesario comentar que al caer la tarde se nos venía encima una nube de mosquitos, con los que luchamos hasta que les sobrepasamos. A las siete de la tarde llegamos a la ciudad de Tenerife, donde nos alojamos. Mientras yo dormí en la canoa, protegido por el mosquitero, el resto lo hizo en la playa" (Gosselman, 1981, pág. 104). Además, adicionó después: "A las seis y media de la tarde nos encontrábamos preparando y encendiendo una fogata, dispuestos a conversar, fumar y espantar mosquitos" (Gosselman, 1981, pág. 130). Esas horas que forman parte de las artes del hacer y que constituyen tiempos accidentados complementan las ritualidades de los viajeros (De Certeau, 1999, págs. 222-223). Y continuó más adelante Gosselman: "Normalmente se presentan a la caída del sol, y en los bosques sombreados son verdaderos dueños de la situación. No soportan el sol ni el viento. Son esas las ocasiones en que no se les ve. Por eso les encantan los lugares húmedos y pantanosos; allí tienen sus cuarteles generales" (Gosselman, 1981, pág. 131). Sombra y humedad en contraposición al sol y viento como elementos ambientales, pero indudablemente será la llegada de la noche el espacio fortuito de su imperio. Finalmente, Gosselman expresó: "Cercana la hora de la cena, habíamos cruzado varios plantíos en una isla muy linda y rica en frutas donde se encontraba el pueblo de Morales. La noche fue bastante tranquila y los mosquitos tuvieron la gentileza de dejarnos dormir sin molestarnos mayor cosa" (Gosselman, 1981, pág. 136). La admiración especial era comprensible, sin sol y sin viento lograron descansar. No obstante, a finales de año con las brisas decembrinas, Le Moyne escribió con

fatalidad: “el viento impetuoso que precedía a la tormenta nos traía nubes tan espesas de mosquitos, que casi obscurecían el aire y esos insectos se nos venían encima en tal número, que nos cegaban y no podíamos respirar sin tragarnos unos cuantos” (Le Moyne, 1945, pág. 87). Al doctor Charles Saffray le declararon la guerra unas “espesas nubes de mosquitos” y debió hacer la retirada (Saffray, 1948, pág. 38). Como vemos, aun con fuertes vientos y en temporadas de pocas lluvias los mosquitos continuaban presentes en un ciclo inevitable. La expresión recurrente de “nubes de mosquitos”, más que un recurso literario, demuestra también una forma insoluble de incorporar estos insectos al ambiente espacial.

En algunos casos, los horarios durante la noche o el día liberaron a los viajeros de su tortura. Por ejemplo, Henri Candelier tuvo mejor suerte en una de sus noches: “Daba vueltas y vueltas sin poder escapar de ellos y sin poder entonces cerrar los ojos. Con el alba se retiraron y logré al fin adormecerme” (Candelier, 1994, pág. 23). El alba y, por ende, el amanecer eran entonces la libertad de muchos, Reclus nos dijo al respecto: “A esta hora matutina todas las aves cantan, los enjambres de mosquitos no remolinean aún en el aire, el calor del sol no ha atravesado todavía el espeso ramaje de los árboles, y el agua que acaba de descender de las montañas conserva todavía la frescura de las rocas de que ha brotado” (Reclus, 1869, pág. 111). Aunque en otros casos el amanecer solo fue la revelación de la triste realidad: “La tortura duró hasta las cuatro de la mañana, hora en que se iluminó un tanto el lugar y pudimos darnos cuenta del verdadero cuartel general que los zancudos habían instalado en nuestro albergue” (Gosselman, 1981, pág. 131), relató Gosselman. Le Moyne degustó en una de sus cenas junto al río un guisado de tortuga que a su parecer: “no hubiera dejado de ser debidamente apreciado en cualquiera mesa del mundo”, pero su felicidad duró poco cuando una “cantidad prodigiosa de mosquitos” lo hizo entrar en cólera, los cuales llegaron acompañados de murciélagos que revoloteaban sobre los alimentos como “arpías” (Le Moyne, 1945, pág. 26). Por su parte, Charles Stuart Cochrane, incorporó a los mosquitos como un estado más del ambiente. En sus pasajes se pueden leer expresiones como: “Sentimos agrado cuando amaneció, pues el sol nos trajo un día claro, fresco y sin mosquitos” (Cochrane, 1994, pág. 70), o bien cuando precisó refiriéndose a la lluvia: “ésta no cesó por completo hasta el medio día, cuando el sol hizo su aparición y nos trajo una tarde fresca, agradable y sin mosquitos” (Cochrane, 1994, pág. 74). Los insectos se convertían así, poco a poco, en una extensión necesaria para describir lo agradable o lo tedioso del día o la noche.

Por su parte, solo los bogas serán casi inmunes ante la presencia de los mosquitos, en este sentido, Miguel Cané apuntó: "La resistencia de aquellos hombres para los trabajos agobiadores que se les impone, especialmente bajo ese clima, su frugalidad increíble, la manera como duermen, desnudos, tirados sobre la cubierta, insensibles á los millares de mosquitos que los cubren, su alegría constante, su espontaneidad para el trabajo, me causaba una admiración á cada instante creciente" (Cané, 1907, pág. 52). Y Holton apuntó sobre ellos: "Los bogas, a quienes les molestan menos los zancudos que a un rinoceronte, desenrollaron las esteras y durmieron sobre ellas sin cubrirse con nada" (Holton, 1857, pág. 40). En efecto, para los habitantes de las riberas y especialmente para los bogas, el fastidio de los mosquitos será menor. Aunque los mosquitos, o más bien las mosquitas (hembras), son las atraídas por el CO2, la resistencia en olores que logran los organismos humanos hace que unos sean tolerantes o menos atrayentes para los insectos. Aunque Le Moyne explicó que los bogas huían de los mosquitos sepultándose en las arenas de las orillas de los ríos (Le Moyne, 1945, pág. 87). Pero Cochrane explicó que construían un armazón uniendo los remos forrados de sábanas y toldos donde todos ingresaban para huir de los mosquitos (Cochrane, 1994, pág. 62).

El acondicionamiento de los espacios, tanto en los incómodos champanes, en los camarotes de los barcos a vapor, en las habitaciones de las casas y los hoteles, estará reconfigurado para huir de los mosquitos. Augusto Le Moyne, quien describió a esta fauna de insectos como de aspecto repugnante, consideraba que la única forma de escapar de los mosquitos era manteniendo las habitaciones limpias y provistas de un buen mosquitero (Le Moyne, 1945, pág. 8). Por su parte, Miguel Cané nos explicó el ritual y las condiciones materiales para dormir en la intemperie del Magdalena, sobre todo, cuando de un momento a otro la brisa cesó: "La suave y deliciosa quietud dura poco; un ejército invisible avanza en silencio y un instante después se sienten picaduras intensas en las manos, la cara, en el cuerpo mismo, al través de las ropas. Son los terribles mosquitos del Magdalena que hacen su temida aparición" (Cané, 1907, págs. 60-61). Las condiciones propicias se habían congratulado con los mosquitos, entonces: "No corre un hálito de aire, y es necesario buscar un refugio, a riesgo de sofocarse, contra aquellos animales, que en media hora más nos postrarían bajo la fiebre" (Cané, 1907, pág. 61). No obstante, Cané describe una de las pocas formas de sobrevivir: "Se tiende el catre en cubierta y sobré él un espeso mosquitero, cuyos bordes se sujetan bajo la estera que sirve de colchón. En seguida, con precauciones infinitas, se desliza uno dentro de aquel horno, teniendo cuidado de ser el único habitante de la región comprendida entre el petate y el ligero lienzo protector" (Cané, 1907, pág. 61). El calor

sofocante es preciso para la atracción de innumerables insectos que buscan afanosamente cualquier agujero o movimiento brusco para penetrar dentro del mosquitero. La libertad espacial de los viajeros pronto quedó también comprometida a la decisión de los mosquitos. Issac Holton, quien durmió sobre la cubierta de un bongo escribió: “Alrededor de las diez y media de la noche, estando en medio de un amplio remanso, tiraron el ancla que se hundió de un golpe y nos fuimos a acostar. A mí me prestaron la vela del bongo para que me sirviera de cama y me dieron almohada, colcha, toldillo y techo, que muy bien me sirvieron” (Holton, 1857, pág. 40). Por su parte, Ernst Röthlisberger, quien viajó en una embarcación más grande, nos relató su ritual a la hora de dormir: “Para tal fin se montaba un armazón, semejante a una cama de campaña, provisto de una lona grosera; era el lecho que el barco facilitaba. Por encima se extendía la estera, un tejido hecho de fibras apropiado para contrarrestar el calor, y luego las sábanas, que, al igual que la estera, traía consigo el pasajero” (Röthlisberger, 1963, pág. 22). El momento más importante de este protocolo, que fue descrito por Röthlisberger como lo “más esencial”, era: “la colocación del mosquitero, un gran velo cuadrangular de ordinaria muselina” (Röthlisberger, 1963, págs. 22-23). Una vez listo el lecho de sueño o de muerte, el viajero debía proceder:

> Con la máxima precaución se deslizaba uno, medio vestido, bajo aquella tienda de campaña y se trataba de cerrarla hacia afuera lo mejor posible. ¡Pobre de aquel que al introducirse en la cama dejara alguna pequeña abertura por la que pudiera penetrar un mosquito! Apenas había cerrado los ojos, oía un zumbido monótono y sentía también muy pronto el aguijón del despiadado huésped. (Röthlisberger, 1963, pág. 23).

Quien cometiera tamaño error despertaba al otro día “hinchado” y al borde de la fiebre. Esta “desgracia” la tuvo Henri Candelier en la supuesta comodidad de un hotel en Riohacha: “Regresé al hotel y no tardé en dormirme con un sueño pesado. Desgraciadamente fue de corta duración. Pronto me desperté con el zumbido continuo alrededor de las orejas y comezón en las manos, los brazos y la cara. Eran los mosquitos, que encontraron el medio de pasar por el velo de gasa y me fastidiaban por todas partes” (Candelier, 1994, págs. 22-23). Los mosquitos aparecen aquí como una completa experiencia sensorial. Aunque a través de dispositivos pudieran alejarlos, colocando entre el viajero y los insectos un toldo, el zumbido constante revoloteando recordaba su presencia y la espera de un error. Esta falla también la tuvo Le Moyne, quien, en Santa Marta, cuando se dispuso a descansar en la hamaca que le habían asignado y debido a que era la primera vez que utilizaba este “lecho aéreo”, no encontró forma correcta para acomodarse. Por

lo anterior: "con mis movimientos y sacudidas, empujé y levanté tanto el mosquitero, que una nube inmensa de mosquitos logró con toda facilidad introducirse para seguir comiéndome vivo" (Le Moyne, 1945, pág. 27). El mal humor que ya cargaba Le Moyne aumentó cuando a la mañana siguiente fue el hazmerreír de sus compañeros de viaje.

Varios de los viajeros dejaron expresamente mencionado lo imprescindible de estos elementos para enfrentar el viaje. Hamilton hizo la mayor encomienda: "A propósito, recomiendo a todos los viajeros que suban el río Magdalena no olvidar sus mosquiteros, pues estos insectos chupadores constituyen una terrible molestia en el río, como pude comprobarlo por propia experiencia penosa, al haber dormido dos o tres noches sin mosquitero" (Hamilton, 1955, pág. 27). Un sencillo mosquitero podría significar la tranquilidad y, ¿por qué no?, la vida. Gosselman también resaltó este elemento: "Con excepción de los mosquiteros, no existe defensa contra ellos. Los mosquiteros consisten en telas delgadas de algodón, confeccionadas en forma de pequeñas carpas que cubren la cama, hamaca o colchoneta de paja" (Gosselman, 1981, págs. 131-132). Junto a los mosquiteros se encontraba la hamaca, cuya tecnología milenaria requirió de un simbólico homenaje por parte de Isaac Holton, quien cambió el hilo de su narración para expresar los siguiente: "Aquí me siento en la obligación de hacer una pausa en el relato para consignar mi público reconocimiento de gratitud hacia la hamaca, a la cual doy puesto de honor entre todas las comodidades que puede tener el hombre" (Holton, 1857, pág. 83). La hamaca, como las mercancías, tuvo su propio proceso de valorización (Appadurai, 1991). Pero, sobre todo, la idea cultural de la hamaca como un mecanismo que sostiene al individuo en el aire por medio de un lento ir y venir, llevó a Holton a reafirmar dicho pensamiento: "Es cama limpia en la choza más sucia; en ella no encuentran refugio ni la asquerosa chinche ni la ágil pulga; brinda al viajero sueño espléndido, cuando sin ella no podría pegar los ojos. En el monte, en medio de una lluvia torrencial, he dormido tranquilo y seco en mi hamaca guindada entre dos árboles" (Holton, 1857, pág. 83). Fue así que la hamaca como refugio logró hacer una deconstrucción de las molestias de los mosquitos en la visión de este viajero: "y cuando nubes de zancudos revoloteaban a mí alrededor, al igual que acreedores insaciables, el toldillo impenetrable, convertía el zumbido amenazador en música soporífera" (Holton, 1857, pág. 83). Como vemos, la vida material y los rituales del sueño estuvieron sujetos a la presencia casi invisible de los mosquitos. Los hombres con sus mosquiteros intentaron definir los espacios reduciendo al mínimo la ocupación de su materialidad en el mundo.

Memorias revista digital de historia y arqueología desde el caribe colombiano
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

Asimismo, cuando el vicecónsul francés de Riohacha logró obtener la concesión para extraer el oro del sitio El Volador, debió proveerse él y sus trabajadores de una particular armadura para llevar a cabo su proyecto, Reclus lo describió así: "éstos llevaban guantes y tenían cubierto el rostro con un velo", por su parte el vicecónsul tuvo que refugiarse en: "una tienda de gasa muy ingeniosamente dispuesta", aunque tan solo dos días después debió abandonar su empresa (Reclus, 1869, pág. 254). Era literalmente oro por sangre. Henri Candelier, por su parte, al verse rodeado de mosquitos en uno de sus viajes, simplemente decidió: "poner unas bolitas de papel en mis orejas y aplicarme un pañuelo sobre la nariz y los ojos. Dejaba que mi bestia se condujera por sí sola" (Candelier, 1994, pág. 116). Charles Cochrane, en Mompox, pidió a un sastre la confección de algunas prendas de cuero "para defendernos de los mosquitos" (Cochrane, 1994, pág. 59), no obstante, "el calor se hizo tan insoportable que tuvimos que deshacernos de ella y ponernos vestidos amplios de una delgada seda" (Cochrane, 1994, pág. 61). El resultado de dicha acción fue el aumento de la sofocación y sudoración que lo mantuvo toda la noche aplastando los "tortuosos insectos".

De picaduras y combates por la existencia

Estos insectos cubrirán todo, cielo, agua y tierra. Adentro hay calor y afuera fresco. "Si uno permanece expuesto largo tiempo á los ataques de estos insectos, la cara completamente hinchada por sus picaduras adquiere en seguida un aspecto deforme" (Reclus, 1869, pág. 251), exclamó Reclus. Por su parte, Röthlisberger nos explicó que si un mosquito se introducía en el toldo o el mosquitero era: "Imposible cazarlo. Después de infructuosas luchas, el atormentado viajero solía caer muerto de cansancio para despertarse a la mañana siguiente con las manos y pies hinchados y con la cabeza febril; tan venenoso es el pinchazo de estos torturadores" (Röthlisberger, 1963, pág. 23). Hamilton dejó el reverencial trabajo a otros: "Un criado debe estar preparado para cerrar el mosquitero inmediatamente que uno se mete a la cama, pues de otro modo se cuelan estos atormentadores y pican y dan serenata toda la noche" (Hamilton, 1955, pág. 47). El ingenio humano frente a los vectores hizo que Reclus finalmente se preguntara: "¿Cómo escapar de ellos durante la noche? Su aguijón alcanza hasta la carne al través de los vestidos, y sea que uno se agite con furor, sea que se procure el reposo vanamente, no está por eso más á cubierto de esos insaciables bebedores de sangre" (Reclus, 1869, pág. 251). Charles Stuart Cochrane lleva en las manos por todo su viaje una escopeta con la que caza regularmente aves y mamíferos, pero poco le sirve para defenderse de los mosquitos.

MEMORIAS REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DESDE EL CARIBE COLOMBIANO
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

En efecto, la lucha de los viajeros contra los mosquitos, cubriéndose bajo los mosquiteros o ayudados por las brisas o las lluvias, tuvo en algún momento que enfrentar la triste realidad. ¿Cómo curarse de las picaduras, cómo combatir a los mosquitos cuando no se estaba bajo la protección de los implementos adecuados?, los cuales, al sucumbir, necesariamente debían acudir a la medicina tradicional. Las botellas de "ron compuesto" con plantas introducidas fueron elementos con los cuales se combatió por mucho tiempo a los insectos e, incluso, picaduras de animales ponzoñosos, hoy suplantadas por los insecticidas en aerosol, o utensilios eléctricos, y claro está, por la medicina moderna. Una de estas fórmulas para la curación o el alivio fue destacada por Hamilton, al decir: "No conozco nada más atormentador que las picadas de mosquito en un clima tropical. Es casi imposible abstenerse de rascar la picadura, la cual se irrita inmediatamente y algunas veces es sumamente dolorosa. Los nativos aplican sobre la irritación tabaco empapado en ron y yo comprobé que alivia mucho la inflamación" (Hamilton, 1955, pág. 47). Y Gosselman fue más explícito al respecto: "Tras la picada, aparte del dolor, se sienten síntomas de cierta debilidad, sensación que dura no solo mientras uno ha sido picado, sino que continúa por buen rato. La picadura es seguida por fuertes deseos de rascarse en el lugar atacado. Rascarse en demasía es peligroso; tuve ocasión de conocer muchos casos de infecciones por ese motivo" (Gosselman, 1981, pág. 131). Después de la picadura era muy difícil no rascarse y, en el peor de los escenarios, no caer en las fiebres que transmiten estos insectos. El ardor, la inflamación y la coloración fue más evidente en los viajeros extranjeros.

Pero los viajeros siempre encontraron otras formas de combatirlos. El tabaco no solo fue utilizado en combinación con el ron para las picaduras, sino que sirvió como escudo protector cuando se fumaba con el fin de ahuyentarlos con el humo, Hamilton nos contó al respecto: "Como los mosquitos nos habían atormentado tanto la noche anterior, resolvimos desquitarnos de ellos la próxima noche fumando tabaco, pues el humo está demostrado que contrarresta el ataque de estos molestos y perseverantes insectos" (Hamilton, 1955, pág. 33). Y así como la hamaca para Holton, Hamilton terminó atribuyéndole poderes excesivos de acuerdo con su idea de contagio de las enfermedades: "En Suramérica se recomienda mucho el fumar para ahuyentar las fiebres intermitentes y otras fiebres perniciosas que se contraen durmiendo cerca de las sabanas y grandes pozos de agua estancada" (Hamilton, 1955, pág. 33). Hamilton afirmó, además, nunca haber enfermado en sus largos viajes por Suramérica, Cerdeña y Sicilia, y mucho menos durante su permanencia en el ejército, debido a su costumbre constante de fumar. Así mismo, creía que: "El viajero nunca debe empezar un viaje temprano por la ma-

ñana sin su traguito (una copita de brandy que tomaban los soldados alemanes) o una taza de café tinto cargado sin leche y unos cuantos tabacos en el bolsillo, que se encienden generalmente en brasas de la leña que hay en el bosque" (Hamilton, 1955, pág. 33). Incluso Gosselman fue más allá cuando consideró injusto el ataque masivo de los insectos: "Generalmente los mosquitos se quedan hasta que están repletos de sangre, por lo cual no son difíciles de cazar; basta el más insignificante golpe con la mano o un pañuelo para darles muerte. En definitiva, es la plaga la que molesta, pues si atacaran individualmente no sería problema" (Gosselman, 1981, pág. 131). Entonces, la inferioridad numérica fue el motivo para que Gosselman no lograra la victoria. Obviamente el homo sapiens no iba a poder dividir a los insectos a través de construcciones imaginarias para individualizarlos. Así mismo, la fuerte idea de colonialismo asociado a regiones periféricas colmadas de insectos en abundancia que terminan denominándose plagas era un obstáculo insalvable a la hora de construir visiones positivas sobre estas nuevas repúblicas, sobre todo, cuando la mortalidad aumentaba (Beinart & Hughes, 2007, pág. 171). En efecto, como nos señala Stefania Gallini: "Paisajes tipificados por los imaginarios nacionales, la propaganda turística o la percepción popular como característicos de ciertas regiones y sociedades son en realidad el resultado de procesos de 'construcción' natural y cultural" (Gallini, 2012, págs. 386-387). Algunos autores como William Denevan van más allá y argumentan incluso que gran parte de la conformación del imaginario geográfico del trópico americano se debió a que: "los viajeros europeos encontraron cubiertas forestales tan espesas porque dos siglos de hecatombe indígena habían virtualmente eliminado cualquier presión antrópica en ellas, dejando campo libre a la selva para recuperarse. Lo que los viajeros presenciaron era un resultado tanto natural como cultural" (Gallini, 2012, pág. 387). Y de manera obvia no advirtieron esto, o más bien, según sus palabras, no lo lograron leer en el paisaje desde una perspectiva cultural.

La desproporción de millones de mosquitos que salen de las aguas es una carrera desesperada por sobrevivir, era la necesidad de las hembras de estos insectos, que requieren de la sangre para madurar sus huevos. Por ello su ataque es una lucha iracunda por continuar el ciclo de la vida de su especie. El sudor y la respiración de los humanos es su faro de atracción. Gosselman combatió: "El visitante que en su hamaca planea descansar tras batallar largamente con los mosquitos, debe mantener la agitación de sus brazos para luchar contra estos mamíferos nocturnos. La pelea desespera ya que la posición de defensa es incómoda y en la oscuridad se dificulta. Solo se usa el pañuelo como arma" (Gosselman, 1981, pág. 100). En un movimiento constante, sumado al calor y la humedad, la respiración y el

MEMORIAS REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DESDE EL CARIBE COLOMBIANO
Año 16, n.º 41, mayo - agosto de 2020, pp. 103-129, Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

sudor aumentan, teniendo como resultado el acrecentamiento desbordado de dichos enjambres. Y prosiguió el viajero:

> Yo entablé una fuerte lucha con esos bichos, pero me di cuenta de que todos mis esfuerzos eran vanos, pues por uno que mataba se me venían encima cientos de ellos, y la seguridad de mi persona estaba en retirarme de ese lugar. Salí de éste con la esperanza de no volver a ser molestado, en lo cual me equivoqué, porque fuera de los mosquiteros la cantidad de ellos era increíble, sintiéndose atraídos principalmente por la respiración de cada uno de nosotros. Así es que de nuevo me vi enfrentado a una legión que atacaba mi cara, mis manos, etc. En esto estuve ocupado hasta que el cansancio me dominó. (Gosselman, 1981, pág. 130)

Como vemos, en varios relatos de los viajeros, el sueño será el mediador silencioso en esta batalla, aunque a la mañana siguiente la piel quedara convertida en campos de guerra, y el ciclo de lucha se reiniciara cada noche, cada momento. Por último, en uno de sus momentos más desesperante el médico Saffray trajo a colación cómo algunas tribus africanas confeccionaban tortas de mosquito para comer como una posible solución y utilidad a la abundancia de los insectos (Saffray, 1948, pág. 60). Y explicó que: "Se ha calculado que los insectos de las regiones cálidas ocasionaron más víctimas entre los españoles, durante la conquista, que todas las flechas envenenadas de los indios" (Saffray, 1948, pág. 323). Como una sentencia a los territorios del imperio invisible.

Consideraciones finales

Esta fue además una historia desde los sentidos: la visión de las nubes de mosquitos, el sonido de su zumbido, los olores a aguas putrefactas, sudor y cigarrillo, y la sensación ardiente de sus picaduras, nos dan cuenta de su entera dominación del ambiente. Por último, tampoco hay que olvidar que los mosquitos son solo una parte del arsenal que deben enfrentar los viajeros en su tránsito por el trópico. Moscas, murciélagos, pitos, tábanos, hormigas, garrapatas, jejenes, cucarachas, entre otros, completan la fauna pintoresca e invisible del paisaje tropical, cuyos actores no humanos también son dignos de una historia. Su invisibilidad en la historia contrasta precisamente con la fuerza y la potencia de cambio que han generado en los procesos de poblamiento, en las percepciones geográficas y en aspectos de los modos de vida y las prácticas curativas.

Para concluir, podemos afirmar que, desde una categorización de los lugares, hasta la influencia en los tiempos y ritmos de nuestras vidas, pasando por la creación de implementos que nos ayuden a mejorar las condiciones materiales, hasta las palabras de respeto, odio y fastidio, los mosquitos aparecen en nuestra cotidianidad colmando el ambiente. En los relatos el mosquito no es un actor consciente, pero sí uno inconsciente. Los viajeros, quieran o no, terminan hablando de él. Los viajeros no se sentaban a la intemperie a hablar de los mosquitos, aunque los picaran, a pesar de que después terminaban maldiciéndolos, repitiendo su nombre y reprimiendo su presencia, y, sobre todo, consignándolo en sus memorias de viaje. En efecto, como se pregunta Mitchell, el mosquito no puede hablar, y tampoco escribir, en este sentido y pensando desde una visión historiográfica tradicional, no escribe la historia. El mosquito parece más bien un estorbo, un problema, y como problema, para resolverlo, este insecto (con sus diversidades) ha ayudado grandemente a la superación y búsqueda de la cura a las enfermedades y al control de sus focos de producción. Es decir, los mosquitos en pleno siglo XXI nos han ayudado, de una u otra forma, a modernizarnos (Winegard, 2019). No obstante, en las páginas anteriores, así como lo logró demostrar Mitchell, el mosquito puede hablar y escribir, sobre todo, en el momento que interactúa con los viajeros y transforma su entorno y su cotidianidad, redefiniendo el mundo a través de alteridades y prácticas que terminan impactando en los procesos históricos.

Referencias

Appadurai, A. (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías.* México DF: Grijalbo.

Arnold, D. (2001). *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa.* México DF: Fondo de cultura económica.

Beinart, W., & Hughes, L. (2007). *Environment and Empire* . Oxford: Oxford University Press.

Blanco Barros, J. (2010). *El sur de Tierradentro en el Departamento del Atlántico. Paisajes físicos y poblamiento.* Bogotá: Academía colombiana de Historia.

Brasero, R. (2017). *La influencia silenciosa. Cómo el clima ha condicionado la historia*. Barcelona: Espasa.

Candelier, H. (1994). *Riohacha y los indios guajiros.* Bogotá: Ecoe ediciones.

Cané, M. (1907). *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Bogotá: Imprenta de "La Luz".

Castro Hernández, P. (2012). Monstruos, rarezas y maravillas en el Nuevo Mundo. Una lectura a la visión europea de los indios de la Patagonia y Tierra del Fuego mediante la cartografía de los siglos XVI y XVII. *Revista Sans Soleil, Estudios de la Imagen*(4), 30-52.

Cochrane, C. S. (1994). *Viajes por Colombia 1823 y 1824*. Bogotá: Banco de la República.

Corbin, A. (1987). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglo XVIII-XIX.* México DF: Fondo de cultura económica.

De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano. 1 las artes del hacer.* México: Universidad Iberoamericana.

Fals Borda, O. (1979). *Historia doble de la costa, Mompox y Loba, Tomo I.* . Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Flórez-Malagón, A., Baptiste, B., & Gallini, S. (2008). *El poder de la carne: Historias de ganadería en la primera midad del siglo XX en Colombia.* Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Gallini, S. (2012). La naturaleza cultural de la historia ambiental y su rematerialización. En M. Hering Torres, & A. Pérez Benavides, *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates.* Bogotá: Universidad Nacional - Pontificia Universidad Javeriana - Universidad de los Andes.

Gosselman, C. A. (1981). *Viaje por Colombia: 1825-1826.* Bogotá: Banco de la República.

Grove, R. (2012). Historia medioambiental. En P. Burke, *Formas de hacer historia* (págs. 303-304). Madrid: Alianza editorial.

Guerra, A. (2011). El Río de ayer. *Revista Viacuarenta*, 8-27.

Hamilton, J. P. (1955). *Viajes por el interior de las Provincias de Colombia, Tomo I.* Bogotá: Banco de la República.

Herrera Ángel, M. (2014). *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos, siglo XVIII.* Bogotá: Universidad de los Andes.

Hettner, A. (1888). *Reisen in den columbianischen Anden.* Leipzing: Verlag von Duncker & Humblot.

Holton, I. (1857). *New Granada: Twenty months in the Andes* . New York: Harper & Brothers Plublishers.

Le Goff, J. (1999). *La civilización del occidente medieval.* Barcelona: Paidós.

Le Moyne, A. (1945). *Viajes y estancias en América del sur. La Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el Ismo de Panamá* . Bogotá: Editorial Centro - Instituto gráfico.

Le Roy Gordon, B. (1983). *El Sinú. Geografía humana y ecología.* Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Le Roy, E. (2017). *Historia humana y comparada del clima.* México DF: Fondo de cultura económica.

Márquez Calle, G. (2016). Un río difícil. El Magdalena: historia ambiental, navegabilidad y desarrollo. *Revista Memoria*(28), 29-60.

McNeill, J. (2010). *Mosquito Empires. Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914.* New York: Cambridge University Press.

McNeill, J. R. (2005). Naturaleza y cultura de la historia ambiental. *Nómadas*(22), 12-25.

Mitchell, T. (2013). ¿Puede hablar el mosquito? En M. Cañedo Rodríguez, *Cosmopolíticas: Perspectivas antropológicas* (págs. 299-340). Madrid: Ediciones Trotta.

Mogollón, J. (2013). *El Canal del Dique. Historia de un desastre ambiental.* Bogotá: Áncora editores.

Mollien, G.-T. (1944). *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Biblioteca popular de la cultura colombiana.

Pabón Caicedo, J. D. (2006). El clima de Colombia durante los siglos xvi-xix a partir de material histórico. *Cuadernos de Geografía*(15), 75-92.

Palacio Castañeda, G. (2006). *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pérez Morales, E. (2006). La naturleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo Reino de Granada, soglo XVIII. *Fronteras de la Historia*(11), 57-84.

Pérez Morales, E. (2011). *La obra de Dios y el trabajo del hombre. Percepcion y transformación de la naturaleza*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Pérez Morales, E. (2012). *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturistas en América Andina durante el XVIII*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Quevedo, E., Borda, C., & Eslava, J. (2004). *Café y gusanos. Mosquitos y petróleo. El tránsito desde la higiene hacia la medicina tropical y la salud pública en Colombia 1873-1953*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Reclus, E. (1869). *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Imprenta de Foción Mantilla.

Röthlisberger, E. (1963). *El Dorado: estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República.

Saffray, C. (1948). *Viaje a Nueva Granada*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

Soluri, J. (2005). *Banana Cultures. Agriculture, Consumption and Enviromental change in Honduras and the United States*. Texas: University of Texas Press.

Tittler, J. (2006). XV Congreso de colombianistas. *Pensamiento medio ambientalista en El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Uribe Martínez, S. (2015). Construyendo el trópico: relatos de viajeros ingleses en Colombia durante el siglo xix. En S. Gallini, *Semillas de historia ambiental* (págs. 217-219). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Jardín Botánico José Celestino Mutis.

Winegard, T. (2019). *The Mosquito: A human History of Our Deadliest Predator*. New York: Dutton.